

ARQUEOLOGÍAS DE TLÖN
BORGES Y EL *URN BURIAL* DE BROWNE



Mercedes Blanco

El dispositivo ficcional afecta, en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, a la escritura del relato, como suele pasar en toda clase de ficciones desde Homero cantando al dictado de la diosa. Lo que casi de inmediato se reconoce como un cuento fantástico (y queda asignado expresamente a este género cuando se publica el texto por primera vez en la *Antología de la literatura fantástica*) se presenta como agrupación de dos crónicas o ensayos, redactadas a siete años de distancia. La primera pseudo-crónica lleva al final la mención 1940. *Salto Oriental*. Un narrador que comparte los hábitos y las amistades literarias de Borges, cuenta su “descubrimiento”, de un país inexistente llamado Uqbar, cuya descripción ha sido interpolada en un ejemplar aislado de la *Anglo-American Cyclopaedia*, “reimpresión literal” de la *Encyclopaedia Britannica*. La impostura halla asilo, para deliciosa perplejidad de un puñado de iniciados, en una institución que goza del crédito de la Ciencia con mayúscula. A este descubrimiento sigue otro, también de apariencia casual, el de un planeta imaginario llamado Tlön, minuciosamente descrito en un volumen desaparejo, el oncenno, de una enciclopedia a él dedicada. Mientras el hallazgo de Uqbar era un misterio limitado a un círculo de íntimos amigos, el de Tlön despierta universal curiosidad. Inte-

lectuales de todo el mundo especulan sobre el origen de una obra cuyo complejísimo y riguroso orden exigió de seguro la colaboración de una multitud de especialistas. Dicho de otro modo, la enciclopedia de Tlön es tan pródiga en información y en ideas como una enciclopedia acerca de nuestro mundo pero, a la inversa de cualquiera de ellas, necesita que supongamos un “hombre de genio” para concebirla. Su lectura resulta mucho más grata que la de una enciclopedia corriente, precisamente porque las innumerables cosas cuya descripción y explicación contiene son inventadas *ex nihilo*, esto es, inauditas y nunca vistas.

Desdeñando las exóticas maravillas del imaginario planeta, sus “tigres transparentes” y sus “torres de sangre”, el narrador prefiere pedir unos minutos de atención para su “concepto del universo”, la estructura de sus idiomas, y las doctrinas de sus filósofos. En el lenguaje y en sus “derivaciones”, las teorías, domina un “idealismo” que es en Tlön de sentido común. El materialismo, casi impensable, sólo tiene a su favor una aporía, la fábula de las nueve monedas, mil veces refutada, pero todavía capaz de despertar malestar y perplejidad, como en nuestro mundo las aporías eleáticas. El predominio incontrastado del idealismo acaba influyendo en la realidad de Tlön: aparecen objetos, los *hrönir*, “hijos de la distracción y el olvido”, que duplican objetos perdidos. Aparecen también otros objetos que son producto de la expectativa, que se encuentran precisamente porque se buscan con cierto grado de inocente y desinteresada convicción. A la inversa, los objetos que nadie mira o en los que nadie piensa tienden a “borrarse y a perder los detalles”. “A veces unos pájaros, un caballo han salvado las ruinas de un anfiteatro”, según la elegante frase final.

En la postdata, más breve, fechada en 1947, el relato se ha vuelto, de especulativo y gozoso, dramático y agitado por la urgencia de las “muchas cosas” que han sucedido en el intervalo y que han relegado la curiosidad intelectual o erudita al terreno de lo “frívolo”. Una serie de hallazgos aparentemente fortuitos, textuales y materiales, han hecho emerger la presencia del imaginario planeta Tlön de forma tan avasalladora que nuestro propio mundo empieza a palidecer o a resquebrajarse. Lo que fue una curiosidad y una moda se ha convertido en una invasión totalitaria, irresistible. “Casi inmediatamente,

la realidad cedió en más de un punto". Esta invasión (comparable a la de los extraterrestres a la que asistimos en formas menos sofisticadas de literatura fantástica, como la *Guerra de los mundos* de Wells) apunta a destruir el mundo en el que vivimos y a sustituirlo por otro. Pero sus medios son pacíficos y se limitan a la pérfida seducción. Tlön es un mundo que ha sido creado por los hombres, y que ostenta por lo tanto un orden plenamente inteligible para la razón, y satisfactorio para la imaginación. Lo que explica que esta cultura "artificial" desplace a la cultura heredada, naturalizada, producto de la historia vivida por la humanidad:

El contacto y el hábito de Tlön han desintegrado este mundo [...] Ya ha penetrado en las escuelas el (conjetural) "idioma primitivo" de Tlön; ya la enseñanza de su historia armoniosa (y llena de episodios conmovedores) ha obliterado a la que presidió mi niñez; ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre, ni siquiera que es falso. Han sido reformadas la numismática, la farmacología y la arqueología. Entiendo que la biología y las matemáticas aguardan también su avatar.

El proceso, inconcluso, está en marcha y nada parece poder detenerlo, nada lo detendrá; en un plazo de cien años "el mundo será Tlön".

ESCRIBIR DESDE EL PORVENIR

Esta postdata alarmante comienza, en la primera edición del cuento, en la *Antología de la literatura fantástica*, por una advertencia "paratextual" o editorial:

Reproduzco el artículo anterior tal como apareció en la *Antología de la literatura fantástica*, 1940, sin otra escisión que algunas metáforas y que una especie de resumen burlón, que hoy resulta frívolo.

En la edición preoriginal de la revista *Sur*, aparecía la siguiente variante: "Reproduzco el artículo anterior tal como apareció en el número 68 de *Sur* -tapas verde jade, mayo de 1940 -sin otra escisión que etc." A primera vista, estamos ante un banal artificio para pro-

vocar desconcierto, sobre todo en los primeros lectores. El lector de 1940 que recorría el último número de *Sur*, debía sentir un ligero vértigo al leer una advertencia que describía, como un hecho del pasado, la edición recién impresa que tenía entre las manos. El texto, denegando su propia realidad concreta, se proyectaba en un texto futuro, de características editoriales y materiales inciertas, pero en todo caso distintas de las que el lector podía observar con sus propios ojos, en la revista *Sur* con su tapa color verde jade. Podía hallarse a este juego un vasto y vago significado alegórico, como ha observado Marina Kaplan. Las graves incertidumbres provocadas por el nazismo (nombrado en el relato) y por la guerra mundial, el lector de 1940 las supondría resueltas, en uno y otro sentido, a la altura de 1947: en este caso, la invasión de Tlön, la victoria de los monstruos engendrados por el sueño de la razón, podía ominosamente aludir a la próxima victoria de la barbarie, en alguna de sus variedades mencionadas por el mismo relato, “el materialismo dialéctico, el antiseñitismo, el nazismo”, triunfo ineluctable porque “cualquier simetría con apariencia de orden” basta para “embelesar a los hombres”.

Aunque es verosímil que Borges rozara insidiosamente esta sugerencia agorera y vaticinante para contribuir al efecto de profundidad de su texto, no es a mi juicio necesaria ni tampoco muy útil a su interpretación. La ficción de un discurso emitido desde el porvenir y que hace retroceder hacia el pasado su presente soporte material, puede justificarse sin suponer alusiones político-apocalípticas. El enunciado perverso que asevera algo incompatible con el hecho mismo de su enunciación, quizá una forma atenuada de las paradojas del mentiroso, además de ser acorde con las convenciones de la literatura fantástica, tenía en este caso la virtud de adecuarse al núcleo mismo de la historia contada. Son rasgos sobresalientes en el universo de Tlön la libre migración de los objetos entre diferentes tiempos, el hallazgo por ejemplo en una excavación de una “rueda herrumbrosa de fecha posterior al experimento”, y la irrealidad fantasmal de cosas que pueden ser producto de reminiscencias y olvidos, distracciones y expectativas. El hallazgo en las ediciones de 1940 de una postdata del 47, es pues una experiencia de tipo tlönico; una interpolación del porvenir en el presente; una producción contradictoria, resultado de una búsqueda que anticipa sus propios

hallazgos, proyectando ideas, recuerdos o sueños. En este sentido, las condiciones imposibles que el texto asigna a su escritura realizan un modelo experimental del sistema que éste expone, sistema que se impondrá inexorablemente en un porvenir que ya es presente, que ya está entre nosotros.

Por ello, el dispositivo dota de un acento de insuperable convicción a la conciencia de una fatalidad bajo cuyo peso se escriben las últimas líneas del texto: "El mundo será Tlön". El narrador se sabe condenado -lo sabemos condenado-, no como insignificante individuo de carne y hueso, sino en lo que tiene de más impersonal y de más íntimo, la historia que presidió su niñez, los idiomas en que aprendió a hablar y a pensar, el inglés y "el mero español", "su lenguaje y las derivaciones de este lenguaje -la religión, las letras, la metafísica". Ante la inminencia de su desaparición, no propone organizar la resistencia, rechazar al agresor, porque "¿cómo no someterse a la vasta evidencia de un planeta ordenado?" "Sólo cabe ensimismarse, ausentarse, y hacer como si la amenaza no existiera:

Yo no hago caso, yo sigo revisando en los quietos días del hotel de Adrogué, una indecisa traducción quevediana -que no pienso dar a la imprenta- del *Urn Burial* de Browne.

MELANCOLÍA IRÓNICA

Esta frase que el lector acepta con sorprendido placer por su inolvidable resonancia, propone un enigma, indicio de que algo oculto yace que merece la pena exhumar. No es, desde luego, que la frase resulte totalmente incongruente. El hotel de Adrogué ya había aparecido en el cuento, como escenario de la taciturna amistad del padre del narrador con el inglés Herbert Ashe, "ingeniero de los ferrocarriles del Sur" y uno de los colaboradores de la enciclopedia de Tlön, tal vez uno de los afiliados de la sociedad secreta de sus inventores. En este hotel, el fantasma de Herbert Ashe, que "en vida padeció de irrealidad", deja al morir repentinamente, como huella de su silencioso paso por la tierra, un paquete cerrado que le estaba destinado, y en él, el tomo XI de la primera enciclopedia de Tlön, que sus ojos

no habrán llegado a ver y que el narrador descubre con maravillado estupor.

En estas condiciones, percibimos como significativo que el mismo hotel de Adrogué sea finalmente el refugio de otro solitario, el narrador, que “no hace caso” de Tlön, igual que lo fue de un miembro de la “dinastía de solitarios” que lo inventaron. La apacible y estu-diosa clandestinidad, la gratuidad de un trabajo arduo, inútil e invi-sible, han cruzado la frontera entre revolucionarios y conservadores. Antaño propiedades de los visionarios de un orden futuro, han pasado a serlo de los modestos traductores de los clásicos. Ambas tareas, la del narrador como la del primer anacoreta del hotel, Herbert Ashe, ofrecen la perspectiva infinita de una interminable e ignorada abnegación: “seguir la revisión” de una traducción indecisa que nunca será entregada a la imprenta, ser uno de los anónimos artesanos de un planeta que sólo empezará a emerger después de la propia muerte, como un Moisés sin gloria muerto antes de pisar tierra prometida. Además de estas implicaciones que bastan para explicar el acento melancólico de la frase, ésta tiene un obvio significado irónico. El narrador embota su angustia con la droga de los “quietos días” de Adrogué, mientras espera lo inevitable, y ello mediante la empresa más fútil, desairada, radicalmente inútil que pueda concebirse; traducir, para nadie, para nunca, de un idioma condenado a breve plazo a otro idioma condenado.

Las inferencias de que brotan las virtudes expresivas de la frase, melancolía e ironía, intensificadas por su textura fónica y rítmica, no son pues difíciles de desentrañar para el lector atento. No por ello se disipa el enigma que la frase ofrece. ¿Qué tienen que ver Quevedo y el *Urn Burial* de Browne con el planeta Tlön que es la idea central del cuento? ¿Qué forma de resistencia, qué manera de disidencia desesperada y resignada pueden cifrarse en estos nombres y en esta actividad de traductor que el narrador se atribuye?

LAS CENIZAS DE SIR THOMAS BROWNE

Que sepamos, sólo Marina Kaplan en el artículo antes aludido, se enfrentó meritoriamente con este enigma y trató de relacionar el *Urn Burial* de Browne con el diseño global del cuento. Como ella recuer-

da oportunamente, Sir Thomas Browne, médico y escritor del siglo XVII, es uno de los autores favoritos de Borges. Su personalidad es singular y compleja porque en él “se adunaron el literato y el místico, el *vates* y el *grammaticus* -para decirlo con latina fijeza-”, según la aguda definición de uno de los ensayos de *Inquisiciones* (1925). Ahora bien, una homología, un “isomorfismo semántico y estructural”, puede observarse, según Kaplan, entre el cuento “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” y el libro de Browne mencionado por el narrador, libro cuyo título completo reza *Hydriotaphia. Urne Buriall or A brief discourse on the Sepulchral Urnes lately found in Norfolk*. Esta erudita disertación acerca de los ritos y costumbres funerales de varios pueblos, escrita con esa inimitable mezcla de solemne elocuencia y agudeza incisiva propios del gran Barroco europeo, arguye en su quinto y último capítulo que en vano esperamos perdurar en monumentos y sepulcros. Ninguna precaución, ninguna medida tomada para proteger el cadáver de la corrupción o para confiar a la memoria de los siglos venideros su nombre y sus hechos, puede asegurar que se conserve ni siquiera una porción del muerto. Incluso la suprema “adulación” que consiste en dar a las impasibles estrellas el nombre de los difuntos héroes carece de eficacia, porque “la versátil Cosmografía de este lugar ha mudado los nombres de presuntas constelaciones: Nembrot se ha perdido en Orion, Osiris en la canícula”¹. Además los cielos también se mudan y corrompen, como sabemos por los telescopios. La imperecedera fama es una falacia, y los edificios consagrados a la memoria se quedan en gesticulaciones impotentes frente a la fuerza devastadora del olvido, frente a los estragos del abandono, del pillaje, de la indiferencia y de la falsificación de que no pueden defenderse los restos inermes del pasado. Nada es inmortal salvo la inmortalidad, que infaliblemente nos asegura la palabra divina:

Pirámides, Arcos y Obeliscos sólo fueron irregularidades de la vanagloria, e hipérbolos de la antigua magnanimidad. Pero la decisión más animosa es la de la Religión Cristiana, que pisotea la soberbia y cabalga en el lomo de la ambición, humildemente persiguiendo esa

¹ Cito el texto de Browne, en ausencia de indicación contraria, por la traducción anotada de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, publicada en *Sur*, Buenos Aires, año XIV, n° 111, enero de 1944.

infalible perpetuidad, ante la cual todas las otras deben acortar sus diámetros y ser apenas perceptibles en Ángulos de contingencia.

De creer a Marina Kaplan, el *Urn Burial* sería una argumentación en pro de la nulidad de los medios humanos, de los que sólo nos desengaña y salva la fe. De modo similar, Borges mostraría en su ficción hasta qué aberraciones suicidas puede llevarnos el racionalismo, la confianza en la razón humana. El racionalismo nace en el siglo XVII, siglo de Galileo, de Descartes y de Newton, y siglo también asignado por el cuento al origen de Tlön. No hay más que un paso entre este racionalismo propio de la era moderna y las monstruosas "simetrías con apariencia de orden", bajo cuyo azote ha padecido el mundo en el siglo XX. También Tlön, sueño de la razón, es una pesadilla. Frente a esta pesadilla, Borges busca refugio en una traducción de Browne, es decir, en un "escepticismo gnoseológico" que ciertamente no es equiparable a la fe de Browne, ni siquiera a su virtualmente escéptico fideísmo, pero que cumple el mismo cometido, cuando rebaja las pretensiones de la razón y desarma la soberbia humana.

Confieso que esta interpretación, que espero no haber deformado demasiado con tan drástico resumen, no me parece inatacable en ninguna de sus premisas, ni por lo tanto en sus conclusiones. Es discutible que Tlön deba ser interpretado como un retoño largamente madurado del racionalismo surgido en el XVII, aunque la empresa de sus inventores se suponga nacida de este mismo siglo. Lo propio de este racionalismo era al contrario el postulado de que la razón, una vez purificada de sus escorias, podía y debía alcanzar un conocimiento si no perfecto, al menos de absoluta certeza e intrínsecamente capaz de progresar indefinidamente sin retrocesos. El objeto de este conocimiento era el universo creado por Dios, objeto adecuado para el entendimiento humano porque las leyes del universo y las reglas del entendimiento dependían igualmente de la voluntad divina, o eran observadas por ella.

Al contrario, los inventores de Tlön dan de lado la obra divina, para dedicarse a conocer a fondo un mundo que ellos mismos inventan, y a explorar un laberinto que ellos mismos urden. Emplear enciclopédicamente los recursos de la ciencia y del pensamiento crítico para forjar una impostura cortada a la medida de estos recursos,

es lo mismo que confesarlos inadecuados para conocer el universo “real”, del que ellos mismos son parte. No cabe mayor escepticismo “gnoseológico”, si el término tiene algún sentido. Además, en este planeta, los sistemas metafísicos son “de antemano un juego dialéctico, una *Philosophie des Als Ob*”, y entre ellos “abundan los sistemas increíbles, pero de arquitectura agradable o de tipo sensacional”. Los inventores de Tlön conciben y tienden a imponer un universo en el que “no importa la verdad y ni siquiera la verosimilitud, sino sólo el asombro”, un mundo dominado por los prestigios del sofisma, no por la postulación de una verdad, inseparable de la filosofía, tanto si es racionalista como si no. Por lo tanto, si el narrador vuelve la espalda a Tlön, si no “hace caso”, no puede ser en modo alguno en nombre de este escepticismo, que compartiría con los secuaces de Tlön, y en virtud del cual cree imposible que resistamos a su atractivo.

Tampoco parece exacto que el *Urn Burial* de Browne haya sido escrito para poner en entredicho la capacidad de la razón humana, humillar la ciencia y exaltar la fe, aunque así suceda tal vez en otro de los libros de este autor, el que le dio mayor fama en su siglo, *Religio medici*. Moviéndose con cautela en un terreno más limitado, Browne niega en *Urn Burial* que algo pueda perdurar en el mundo, aunque sólo sea como testimonio fidedigno de lo que fue, y duda que podamos, nosotros los vivos, conocer a los muertos a través de sus reliquias. La ocasión del libro es el hallazgo recientísimo de unas “cuarenta o cincuenta urnas funerarias” que yacían “a una yarda bajo tierra”, “en un campo del viejo Walsingham”, no lejos una de otra. Algunas de estas urnas, según la descripción que ofrece la obra,

contenían unas dos libras de huesos, entre los que se distinguían cráneos, costillas, mandíbulas, fémures y dientes, con huellas frescas de su combustión. Junto con los huesos figuraban cuerpos extraños, fragmentos de cajitas, un peine hermosamente labrado, puñados de pequeños instrumentos de cobre, un par de tenacillas de bronce, y una especie de ópalo.²

² Cito por la edición moderna de la obra de Browne mencionada en la bibliografía. La traducción es mía.

Cuatro de estas urnas, quizá las más hermosas o las mejor conservadas, que llevan un sencillo y elegante decorado geométrico, son figuradas con minucioso naturalismo en un grabado que ilustra la primera edición del libro (1658).³

Estimulado por este yacimiento muy cercano de su lugar de residencia, Browne se propone investigar lo que puede inferirse o conjeturarse a partir de estos vestigios, acerca de los muertos cuyos huesos y cenizas albergan. En la preciosa dedicatoria a un amigo de similares aficiones, escribe:

Fuimos intimados por la ocasión, lejos de asir la oportunidad de escribir sobre cosas viejas, o de meternos a anticuarios. Nos deja fríos el discurrir sobre antigüedades, a nosotros que tenemos a penas el tiempo suficiente de comprender cosas nuevas, o de componer eruditas novedades. Pero al ver que habían surgido al igual que yacían, casi en silencio entre nosotros, o por lo menos en una corta relación que pasó desapercibida, nos contrarió en extremo que tuvieran que morir de nuevo y ser enterrados dos veces entre nosotros.⁴

Lo que le movió a escribir el libro, que queda expresado en estas líneas con característico vigor, es pues el deseo de no dejar morir dos veces y ser de nuevo enterrados en silencio a estos desconocidos muertos que durante tanto tiempo han estado ocultos en su inmediata vecindad [*among us*], la ambición de hacer hablar a las viejas cosas mudas, dos libras de huesos, un peine, unas tenacillas de bronce. Para obedecer a esta improvisada, pero aguda, vocación arqueológica, Browne echa mano de un imponente arsenal de anticuario humanista, tomado al parecer de los doctos libros de J. Kirckmann, *De Funeribus Romanorum*, de F. Perucci, *Pompe funebre*, de T.

³ He consultado esta primera edición en la Biblioteca Nacional de París, en cuyo catálogo informático pueden encontrarse sus datos.

⁴ "We were hinted by the occasion, not caught the opportunity to write of old things, or intrude upon the Antiquary. We are coldly drawn into discourses of Antiquities, who have scarce new time before us to comprehend new things, or make out learned Novelties. But seeing they arose as they lay, almost in silence among us, at least in short account suddenly passed over; we were very unwilling they should die again and be buried twice among us".

Porcacchi, *Funerali Antichi di diversi Popoli e Nationi*⁵, escritos en el último tercio del XVI y el comienzo de XVII, que representaban entonces la última palabra en materia de investigación filológica y erudita. Browne maneja además información de primera mano, fuentes romanas acerca de la ocupación militar de las Islas Británicas, consideraciones toponímicas y etimológicas, y sobre todo perspicaces razonamientos basados en la comparación entre el reciente hallazgo y otros similares de que tiene noticia. Expone consideraciones sobre la presencia romana, sajona y danesa en Inglaterra, basadas en la numismática, concretamente en la distribución geográfica de monedas con efigies de emperadores romanos, o de caudillos daneses.

Pero pronto, como suele suceder con los eruditos del XVII, esta empresa modesta de anticuario minucioso desemboca en un callejón sin salida. Casi nada concluyente le es posible averiguar al curioso, con los recursos de la ciencia y de la erudición de su tiempo, de los propietarios de estos huesos y de estos cachivaches y bagatelas (*toys*), sin duda femeninos o infantiles. El aprendiz de arqueólogo parte de la suposición de que estas urnas son romanas o al menos de época romana, y razona a partir de esa convicción, que hoy sabemos errónea, porque se trata de tumbas sajonas. En un momento dado, se da cuenta de que ni siquiera esta premisa de la que partía (basándose en que los ritos romanos incluían la quema del cuerpo y en la presunta vecindad de un campamento romano) merece un crédito incondicional, y reconoce que no sabe, considerando la naturaleza de las piezas contenidas en las urnas, y la costumbre de la cremación difundida entre muchos pueblos, si estos vestigios son todos romanos, o si algunos “no habrán pertenecido a nuestros antepasados bretones, sajones o daneses”.

De este fracaso de su apasionada investigación, sale airoso Browne recurriendo a las artes, maravillosamente cultivadas en su siglo, de la elocuencia y la meditación. La incertidumbre a la que se ve abocado por las carencias de su información se convierte en el argumento inicial que le llevará a otra serie de argumentos convergentes, destinados a mostrar que en vano tratamos de conocer fielmente

⁵ Debo la noticia de estas fuentes al editor de Browne, Norman Endroll.

el pasado, y que, en la misma medida y por las mismas razones, en vano tratamos de ser conocidos por la posteridad:

Quizá pueda indagarse en qué tiempo las personas de estos osarios ingresaron en las famosas Naciones de los muertos, para reposar con Príncipes y Consejeros. Pero quiénes eran los propietarios de estos huesos, o qué cuerpos componían estas cenizas, son preguntas más allá de la Arqueología, no elucidables por el hombre, ni quizá fácilmente por los espíritus, salvo si consultamos a los Guardianes locales o a los observadores tutelares.

Browne da por sentado que los enterramientos, la arquitectura funeraria, las urnas, las lápidas y las estelas sólo pueden explicarse por el deseo de asegurar que perviva nuestra memoria, de seguir siendo de algún modo si no en nosotros mismos, al menos para los hombres del porvenir. Ciertamente, los propietarios de estos huesos erraron “groseramente en el arte de la perpetuación”, al no inscribir sus nombres en sus tumbas: sus urnas contienen “vanas cenizas, que en el olvido de nombres personas, tiempos y sexos, han encontrado en sí mismos una estéril continuación”, y sólo resurgen para la posteridad como “emblemas de vanidades mortales”. Pero, si hubieran dejado sus nombres apenas existirían más. Es ridículo aguardar que “Enigmáticos Epítetos, o letras iniciales de nuestros nombres”, descifrados por arqueólogos, nos confieran una forma de eternidad. Todo recuerdo puede ser adulterado y falsificado, y la fama póstuma, a la que contribuye mucho más el azar que el mérito, la fama fatua y mentirosa, no nos hará revivir ni siquiera en el caso, fortuito e improbable, de que nos sea concedida.

UNA NUEVA ARQUEOLOGÍA

No se trata pues aquí de conflictos entre la fe y la razón, sino del dudoso poder de la memoria para contrastar el olvido y la muerte. La afinidad de los temas tocados por Browne con los que subyacen a la elaboración del cuento “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, bien puede pasar desapercibida y sin embargo, mirándolo bien, se traduce por coincidencias múltiples, más íntimas y concretas que el supuesto

“isomorfismo estructural y semántico” que proponía Marina Kaplan. El descubrimiento que desencadena la irrupción fantástica de otro mundo, irrupción de la que Uqbar era solo un prólogo, se presenta como la herencia de un muerto, la reliquia dejada por su desaparición. Consiste en el hallazgo del oncenno tomo de la enciclopedia de Tlön en un paquete que le llega a Herbert Ashe unos días antes de su muerte. Herbert Ashe, del que “algún recuerdo limitado y menguante persiste en el hotel de Adrogué”, es el único de los científicos inventores de Tlön que tiene estatuto de personaje, nombre propio y descripción. Por su condición de inglés, por la ceniza que lleva en su nombre, por la “irrealidad” de que padece, por su costumbre de ir a Inglaterra cada tantos años “para visitar un reloj de sol y unos robles”, alude múltiplemente a los muertos, bretones, sajones, daneses o romanos, pero al fin y al cabo ingleses, a cuya vacilante y precaria memoria dedica Browne el *Urn Burial*. Hasta los robles y el reloj de sol que piadosamente visita Herbert Ashe, en lugar de la casa o de las tumbas familiares que esperaríamos que visitase, se remontan con probabilidad a una frase de Browne, memorable como tantas suyas: “Pasan las generaciones mientras duran algunos árboles y los linajes más antiguos no logran la duración de tres robles.”

Por lo demás, quizá no ha sido suficientemente subrayada la curiosa precisión según la cual, si el contacto con Tlön ha desintegrado este mundo, las primeras disciplinas que han “cedido”, reformándose a ejemplo de las correspondientes ciencias del planeta imaginario, son la numismática, y la farmacología y la arqueología.

No cabe duda por otra parte de que el momento culminante de la descripción de las doctrinas de Tlön, y uno de los detalles indiscutiblemente geniales del cuento, reside en la aporía de las nueve monedas:

El martes, X atraviesa un camino desierto y pierde nueve monedas de cobre. El jueves, Y encuentra en el camino cuatro monedas, algo herrumbradas por la lluvia del miércoles. El viernes, Z descubre tres monedas en el camino. El viernes de mañana, X encuentra dos monedas en el corredor de su casa.

Nos intriga este breve relato precisamente porque su argumento no obedece a la obligación, que observan incluso los cuentos, apólogos o anécdotas más rudimentarios, de incluir algún tipo de desviación con respecto a lo esperable, alguna argucia siquiera elemental. Un sentido metafórico puede a veces desprenderse de la tautología (“este individuo no es un águila”), lo mismo que de la contradicción (“este hombre es un zorro”). De modo similar aunque más aberrante, el sentido de la narración surge aquí no de lo significativo sino de lo insignificante. El cuento no diría nada si no supiéramos que los habitantes de Tlön lo miran como una aporía, la premisa de un escandaloso sofisma, emitido por un “heresiarca”. La conclusión del sofisma afirma que las nueve monedas han existido en los tres intervalos entre pérdida y hallazgo, porque parece absurdo que su existencia padezca eclipses parciales, y de duración variable. La diabólica sutileza de este pasaje de la ficción de Borges consiste en presentar como conclusión paradójica del cuentecillo lo que para nosotros es una premisa tan obvia que no necesita ser mencionada ni siquiera aludida. No menos divertido y admirable resulta que las refutaciones del “sofisma” parezcan a primera vista convincentes. Nada da mayor consistencia a la idea de que Tlön, efectivamente, es otro planeta.

Pero observemos que este “sofisma” tan expresivo de la extrañeza de Tlön, se apoya en una historia de monedas que llevan las huellas del tiempo, y en las que puede leerse una historia. Las monedas perdidas el martes y halladas el jueves están “algo herrumbradas por la lluvia del miércoles”. Los que rechazan el sofisma como falacia verbal “basado en el empleo temerario de dos voces neológicas”, “encontrar y perder”, denuncian esta herrumbre causada por la lluvia como “pérfida circunstancia”, que presupone lo que se trata de demostrar, la persistencia de las monedas mientras yacían en un “camino desierto”, mientras no eran objeto de percepción o de conciencia para ningún sujeto. La arqueología, disciplina que consiste en establecer y aplicar técnicas fidedignas para hacer contar su historia a los objetos del pasado, teniendo en cuenta las circunstancias de su hallazgo, es pues en Tlön inconcebible. Es curioso que sea ésta, entre todas las consecuencias casi inimaginables del radical idealismo que se supone nativo en los habitantes de este planeta, la que el sofisma

herético de las nueve monedas hace resaltar con mayor fuerza. Los objetos no pueden tener historia, porque sería “propósito blasfematorio” “atribuir la divina categoría del ser a unas simples monedas”.

De ello se deriva sin dificultad que los muertos no pueden dejar huella alguna legible, o al menos legible con certeza. Por ello, inventar la historia es muy preferible a tratar de conocer el pasado por medios científicos y, puestos a inventarla, ¿qué menos que escogerla “armoniosa” y llenarla de “episodios conmovedores”? Pero una historia sin arqueología, sin vestigios materiales del pasado, tendría algo de gélido, abstracto y fantasmal. De ahí la importancia de otro motivo de la descripción de Tlön, los *hrönir*, objetos que espontáneamente aparecen, duplicando objetos perdidos, y que sirven de antecedente a otros objetos metódicamente producidos. El intento se da por primera vez, cuando “el director de una de las cárceles del estado comunicó a los presos que en el antiguo lecho de un río había ciertos sepulcros y prometió la libertad a quienes trajeran un hallazgo importante”. Por esta vez, falla el socorrido método de fabricación de antigüedades basado en causar el hallazgo mediante la suposición de su existencia, pero en cambio funcionará con los alumnos de una escuela, que “exhumaron -o produjeron- una máscara de oro, una espada arcaica, y el verdinoso y mutilado torso de un rey con una inscripción en el pecho que no se ha logrado aun descifrar.” Es probable que al escribir estas líneas, o las anteriores, Borges recordara la obra de Browne. Naturalmente, los hallazgos que atribuye a los jóvenes arqueólogos de Tlön, una espada, una máscara de oro, el torso de un rey con una inscripción indescifrable, son bastante más sensacionales que el pobre ajuar de las urnas funerarias del autor barroco, un peine, unas tenacillas de bronce, fragmentos de cajitas, etc. La arqueología de Tlön, que consiste en producir los objetos capaces de corroborar el armonioso pasado del que uno ha decidido dotarse, por el sencillo procedimiento de buscarlos, ofrece desde luego mayores encantos, o más fáciles, que aquélla a la que debemos resignarnos en la tierra, donde pocas veces, en varios siglos de asiduo trabajo, logra exhumarse un objeto capaz de maravi-

llar a las multitudes, una “máscara de oro”, como la llamada de Agamenón⁶, o la de Tutankhamon⁷.

Por las mismas técnicas casi publicitarias consigue Tlön imponerse en nuestro mundo, programando y disponiendo hábilmente las etapas de su descubrimiento: un artículo en que su nombre se menciona, un volumen de enciclopedia a él dedicado, una carta que aclara la historia de sus inventores, una brújula con una inscripción en uno de sus alfabetos, un cono de metal monstruosamente pesado, y por fin, la enciclopedia completa. La bien calculada gradación, que difiere casi hasta el final un hallazgo que parece excluir la impostura, un cono de un metal que no es de este mundo, sugiere hasta qué punto podrían ser eficaces las técnicas de la retórica, los procedimientos literarios, si dócilmente se plegaran a ellas no sólo las palabras, sino también las cosas. Nada más natural en Tlön donde nadie da crédito a las cosas y la gente sólo se fía, al menos hasta cierto punto, de las palabras y de las ideas. A las cosas, al cabo de siglos de idealismo en que han sido obstinadamente negadas, sólo les toca obedecer a lo que se espera de ellas y la realidad no espera otra cosa que “ceder”.

LA CONJUNCIÓN DE THOMAS BROWNE Y BERTRAND RUSSELL

De todo ello puede derivarse una hipótesis sobre la génesis de esta ficción. Es posible que la idea de Tlön naciera “no de la conjunción de un espejo y una enciclopedia”, sino de la conjunción no menos improbable de Thomas Browne y de Bertrand Russell. A propósito de la sustitución de la historia “que presidió” la niñez del narrador por la historia imaginaria del planeta Tlön, el autor inserta la siguiente nota: “Russell (*The Analysis of Mind*, 1921, p. 159) supone que el planeta ha sido creado hace pocos minutos, provisto de una

⁶ La llamada “máscara de Agamenón”, descubierta por Schliemann en Micenas (Museo Nacional de Atenas).

⁷ Máscara de oro, lapislázuli, cornalina, cuarzo, obsidiana turquesas y vidrio coloreada, conservada en el Museo Egipcio de El Cairo.

humanidad que recuerda un pasado ilusorio". Si consultamos esta obra, leemos en el lugar citado no exactamente lo que cita Borges, pero sí algo parecido y apenas menos asombroso. Mientras trata de analizar la diferencia entre sensaciones y percepciones, y determinar qué papel desempeñan las creencias acerca del pasado en el fenómeno de la percepción, Russell escribe:

In investigating memory-beliefs, there are certain points which must be borne in mind. In the first place, everything constituting a memory-belief is happening now, not in that past time to which the belief is said to refer. It is not logically necessary to the existence of a memory-belief that the event remembered should have occurred, or even that the past should have existed at all. There is no logical impossibility in the hypothesis that the world sprang into being five minutes ago, exactly as it then was, with a population that remembered a wholly unreal past. There is no logically necessary connection between events at different times; therefore nothing that is happening now or will happen in the future can disprove the hypothesis that the world began five minutes ago. Hence the occurrences which are called knowledge of the past are logically independent of the past; they are wholly analysable into present context which might, theoretically, be just what they are even if no past had existed.

No es pues que Russell suponga que la humanidad surgió de la nada hace cinco minutos, provista de un pasado ilusorio. Lo que afirma es que ningún argumento lógicamente necesario puede constreñirnos a afirmar la existencia real del pasado. De la red de representaciones que creemos procedentes del pasado, recuerdos, testimonios verbales o materiales, no puede deducirse nada *stricto sensu*, porque teóricamente nada permite distinguir los signos que creemos vestigios de lo que fue, causados por acontecimientos pasados, de otros signos idénticos, a los que cabría asignar un origen artificial (ficción, impostura) o casual (atribución de una causa verosímil pero falsa). Así, lo que creemos huella fósil de un dinosaurio puede -en teoría, claro está- ser la perfecta imitación -por un demiurgo que creó el mundo hace cinco minutos- de una huella de dinosaurio (sea este animal real o imaginario), o el resultado de la erosión o de otras causas desconocidas, que coincide perfectamente con una huella de dinosaurio. De modo más breve y decisivo, Borges escribe que en

Tlön “la percepción de una humareda en el horizonte y después del campo incendiado y después del cigarro a medio apagar que produjo la quemazón es considerada un ejemplo de asociación de ideas.” En efecto nada tiene que ver la inverosimilitud o la improbabilidad con la imposibilidad lógica. O mejor dicho, la causalidad, categoría puramente intuitiva, no es formalizable. Russell habla de creencias memoriales (*memory-beliefs*), no de recuerdos, porque en nada difieren un rostro recordado de un rostro imaginado, dejando aparte la creencia sin fundamento lógico de que vimos el primero en el pasado. El argumento de las nueve monedas sería efectivamente un sofisma, porque del relato de su pérdida y su hallazgo, no podemos deducir rigurosamente nada en cuanto a su persistencia real durante un lapso determinado del tiempo.

Por supuesto, estas consideraciones de Russell no le impiden reconocer que sigue siendo lo más razonable creer en la realidad del pasado, pero implican que no estamos lógicamente obligados a ello. Nada veda imaginar un sistema doctrinal científicamente viable, o al menos lógicamente viable, en que semejante creencia aparezca como superstición, y en el que sea lícito inventar el pasado que mejor nos convenga. Me parece por ello bastante probable que fuera el *Analysis of Mind* el estímulo más inmediato para la concepción de Tlön, sobre todo si tenemos en cuenta el ambicioso proyecto de esta obra, construir firmemente las bases para un “nuevo realismo”. Russell empieza observando en su prólogo la tendencia “materialista” de la nueva psicología (behaviourista), junto con la tendencia “anti-materialista” de la nueva física. Hay según él una concepción que logra conjugar los dos movimientos contrapuestos, por los que estas disciplinas tienden a alejarse de sus premisas tradicionales. Se trata de la concepción de William James y de “los nuevos realistas americanos”, “según la cual el tejido del mundo no es ni mental ni material, sino un tejido neutral a partir del cual ambos están contruidos”⁸.

Borges da un paso más con respecto a esta especulación, al jugar con la hipótesis de un mundo, Tlön, firmemente anclado en la con-

⁸ “the stuff of the world is neither mental nor material, but a neutral stuff out of which both are constructed.”

vicción de que el pasado no se distingue lógicamente de la ilusión, ni la memoria de la imaginación. Por ello, sus intelectuales deben inventar un pasado deliberadamente irreal, e incluso inventar, en sentido etimológico, las pruebas de este pasado, mandando excavar a prisioneros o a alumnos de escuela, en el lecho de un río, una vez más símbolo del tiempo, “unos sepulcros”, y haciendo que encuentren las antigüedades capaces de corroborar su ficción.

No hace falta decir que los argumentos de Thomas Browne contra la fiabilidad de la memoria carecen del rigor lógico de los de Russell, y son, a la inversa, pura retórica. Sin embargo ambos autores, partiendo de los extremos opuestos de la lógica y de la elocuencia, llegan a resultados involuntariamente poéticos y fantásticos. Ambos nos conducen al mismo desengaño, socavando nuestra creencia en el pasado. Lo que sabemos de los muertos, concluye Browne, es incierto e insignificante, y la “iniquidad del olvido dispersa a ciegas su amapola”. Se pierde del pasado la mayor parte, tal vez la parte más notable, y con seguridad lo único que de verdad importa, el ser vivo en cuanto ser vivo. El dibujo de lo que fue, salpicado por los borrones arrojados por el olvido, sólo puede ser caótico y el rumor que nos llega de los siglos transcurridos, una fábula llena de ruido y furor, y que no significa nada. No cabe desconsolarse por ello, si como Browne, esperamos los goces inefables prometidos a los cristianos, ni consolarse con ello, si tenemos motivo de temer la “viviente muerte segunda”, la eterna desesperación de los réprobos.

Pero Browne es un literato, un botanista, un coleccionista de curiosidades, o como escribe Borges, un *grammaticus*, y no un lógico ni un matemático, ni siquiera un teólogo. Tal vez por ello no renuncia, frente a la perspectiva arrebatadora o terrorífica de la eternidad, a las menudencias de la historia, a la *noticiosa erudición*, como diría Baltasar Gracián. No cesa de indagar acerca de los antiguos ritos funerarios, intentando desentrañar sus sutiles motivaciones, y sobre todo sigue cariñosamente apegado a estas urnas casualmente halladas en su tierra, a estos vecinos ignotos, humildes y mudos. Sigue dando vueltas, pese a todo, al caso de estos muertos “a quienes hace inocentes la oscuridad”.

Por ello, el narrador de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” puede apelar a Browne cuando decide seguir apegado a un pasado del que no sa-

bemos nada, “ni siquiera que es falso”, el íntimo pasado transcurrido en este hotel de Adrogué en el que estuvo con su padre, y también el pasado de dos viejos idiomas. No es indiferente que estos idiomas sean los de la niñez de Borges, el inglés de la abuela paterina, y hasta el pobre español, el “mero español”, de la madre. El apego al pasado en nombre de una creencia, que no vale la pena intentar salvar lógicamente, pero en cuyo nombre es posible vivir -último dique contra la inundación de Tlön-, queda simbolizado por la empresa de traducir al castellano una obra inglesa antigua, *Urn Burial*.

INDECISIONES QUEVEDIANAS

Esta traducción que se atribuye el narrador de la ficción es quevediana, como lo es la traducción efectiva del quinto capítulo de la obra que publicarán Borges y Bioy Casares en el número 111 de la revista *Sur*, en 1944, es decir después de la fecha “real” del cuento, pero antes de la fecha “ficticia” de la postdata. La traducción del narrador ficcional está sometida a una revisión que presentimos inacabable, inmemorial, presentimiento corroborado por el hecho de que la traducción efectiva del autor real nunca se dará por terminada. Antes y después de que éste se decida en 1944 a imprimir, a modo de muestra, el quinto capítulo de *Urn Burial*, su avatar ficcional de la “postdata de 1947” seguía con su tarea de revisión. Sabemos por lo demás que en fecha tan temprana como 1925, el ensayo de *Inquisiciones* titulado “Sir Thomas Browne” incluye la traducción de una copiosa página de este mismo capítulo quinto.

El trabajo de traducción se desarrolla en un período larguísimo (para una obra tan breve) y de duración indeterminada, puesto que queda inconcluso. El que en tan largo período la empresa no haya sido olvidada o arrinconada atestigua la fidelidad de Borges a Browne, la persistente fascinación que en él ejerce su estilo, especialmente en el *Urn Burial*. El hombre que no hace caso de Tlön, halla refugio en un sentimiento de fidelidad, la manifestación más heroica de la creencia en el pasado. La “indecisión” de la traducción se explica a primera vista por lo arduo del intento: Borges debió de estimar casi imposible hispanizar el inglés de Browne, un inglés,

leemos en su ensayo acerca de este autor, de “blasonadora riqueza”, en que había caído “como una capa”, “el gigantesco vocabulario de Shakespeare”. Sobre todo, debió de juzgar difícil restituir en el siglo XX un estilo cuyo fuerte sabor es el de su época, época feliz en que había hombres libres, y en que no resultaba pedante ni ridículamente trasnochado “latinizar con excelencia”, por “ahínco de universalidad y de claridad”, y decir las cosas “con latina fijeza”. Sólo entonces fue posible una vida envidiable como la de Browne, un “vivir gustoso”, “tramitado a la sombra de un generoso tiempo y sólo sojuzgado a la dicción de esclarecidas voces”.⁹

Comprobamos la dificultad con la que se enfrenta el traductor comparando la página traducida en el ensayo de *Inquisiciones*, y la misma incluida, veinte años después, en la traducción completa del quinto capítulo publicada en la revista: casi no hay solución retenida en la primera versión que no haya sido desechada en la segunda, en muchos casos sin que esté claro que la diferencia importe poco ni mucho. Baste comparar las dos frases iniciales del fragmento, porque las observaciones que podemos hacer a su propósito valdrían para toda la página:

But the iniquity of oblivion blindly scattereth her poppy, and deals with the memory of men without distinction to merits of perpetuity. (Browne).

A. Pero la iniquidad del olvido dispersa a ciegas su amapola, y maneja el recuerdo de los hombres sin atenerse a méritos de perpetuidad. (Borges, 1925).

B. Pero la iniquidad del olvido dispersa ciegamente su amapola y trata la memoria de los hombres sin considerar sus derechos a la perpetuidad. (Borges-Bioy, 1944).

Los sintagmas *the iniquity of oblivion, scattereth her poppy, perpetuity* han sido vertidos en las dos traducciones de modo idéntico: “la iniquidad del olvido”, “esparce su amapola”, “perpetuidad”. La traducción de la palabra concreta *poppy* por “amapola” ha sido sin du-

⁹ Las expresiones entrecomilladas son, claro está, las del ensayo de *Inquisiciones* titulado “Sir Thomas Browne”.

da preferida por razones de poeticidad, porque el texto hubiera sido más claro eligiendo la palabra "adormidera". Por otra parte se han conservado, de una a otra versión, palabras abstractas de origen latino que han guardado prácticamente intactos su forma y su significado en ambas lenguas, palabras que trascienden la diferencia de ambos idiomas, que pertenecen a un substrato común latino. Es el caso de *iniquity*-iniquidad y *perpetuity*-perpetuidad. Ciertamente la traducción de *scattereth* hubiera podido ser "esparce" en vez de "dispersa". Sólo pues en este caso y en el de *poppy*, a pesar de la existencia de otra opción al menos, el traductor se ha atenido a su primera decisión.

En todos los demás casos, la traducción B ha optado sistemáticamente por un partido distinto del adoptado en A: "ciegamente" en vez de "a ciegas", "trata" en vez de "maneja", "memoria" en vez de "recuerdo", "considerar" en vez de "atenerse a", "derechos" en vez de "méritos". Dejo a otros investigadores la tentativa de explicar estos cambios como manifestaciones coherentes de una estrategia o de una estética revisitadas entre ambas traducciones. Me contento con observar que, si "ciegamente" en vez de "a ciegas", "memoria" en vez de "recuerdo" parecen motivados por un deseo de mayor proximidad al original, en cambio "derechos" en vez de "méritos" se aleja de él sin justificación evidente. Lo que parece corroborar el carácter "indeciso", patológicamente indeciso, de esta traducción.

Veamos la indecisión como síntoma de un malestar cuyas motivaciones hemos señalado. Cabe insistir en que la principal reside en la lejanía histórica de Browne; ¿cómo traducir al castellano, en la primera mitad del XX, a un autor barroco inglés? Escribir como un autor del XVII sería pretencioso, tal vez impracticable, y en todo caso falso; hacer sonar a un autor del XVII como un autor del XX es otra forma de anacronismo y de falsificación. Una escapatoria posible consiste en buscar la mediación de un autor español del mismo siglo, a condición de que lo escojamos bien y de que le seamos fieles.

Así se explica que la traducción sea calificada por la ficción de "quevediana", es decir de estilo quevediano, como lo fue parte del

estilo de Borges en los años 20,¹⁰ y como lo es, de modo exagerado y casi risible, el ensayo acerca de Tomas Browne de *Inquisiciones*. Baste recordar, sólo en las breves muestras que hemos citado, el uso de epítetos como “blasonadora” (la blasonadora riqueza del vocabulario de Browne), o una frase como “tramitada a la sombra de un generoso tiempo y sólo sojuzgada a la dicción de esclarecidas voces”, en que buena parte del vocabulario, el equilibrio bimembre del período, los tropos y la prosodia pertenecen al siglo XVII.

No cabe la menor duda a mi entender de que el rechazo radical de sus ensayos tempranos por el Borges maduro se debe a razones estilísticas, al arcaísmo barroquizante que exhiben de modo tan acusado, tan ostentoso. Pero incluso en el estilo maduro, que ha prescindido del involuntario y no siempre hábil pastiche del estilo de Quevedo, propio de una petulancia juvenil que Borges juzga retrospectivamente execrable, queda probablemente un poso o un sedimento “quevediano”. Han desaparecido las metáforas rebuscadas, los frecuentes neologismos, el tono sentenciosamente dogmático, las paradojas baladíes, las fáciles agudezas verbales, el vocabulario que derrocha heterogéneas riquezas, desde la “germanía” o jerga de los delincuentes hasta el arcaísmo o el cultismo, la antítesis y el oxímoron rebajados a hábitos casi mecánicos, la hipérbole jactanciosa, el sarcasmo vibrante y vehemente, así como la mayoría de los latinismos sintácticos, la elisión del artículo, el ablativo absoluto y el hipérbaton. Sin embargo, persisten, más secretos y más eficaces, algunos hábitos y preferencias del autor barroco: para sólo indicar algunos de los más evidentes, la concisión, la agudeza encapsulada en el epí-

¹⁰ En parecidos términos critica Borges su propio estilo juvenil: “In the first of these reckless compilations, there was a quite bad essay on Sir Thomas Browne, which may have been the first ever attempted on him in the Spanish language. There was another essay that set out to classify metaphors as though other poetic elements, such as rhythm and music, could be safely ignored. There was a longish essay on the nonexistence of the ego, cribbed from Bradley or the Buddha or Macedonio Fernandez. When I wrote these pieces, I was trying to play the sedulous ape to two Spanish baroque seventeenth-century writers, Quevedo and Saavedra Fajardo, who stood in their own stiff, arid, Spanish way for the same kind of writing as Sir Thomas Browne in “Urne-Buriall.” I was doing my best to write Latin in Spanish, and the book collapses under the sheer weight of its involutions and sententious judgments” (“Autobiographical” 38).

teto o en la hipálage, la acepción etimológica y absoluta de algunas palabras, el valor concreto dado a términos abstractos y viceversa, y sobre todo el rechazo de la trivialidad, de “lo privativo del lenguaje: los refranes, los modismos, los idiotismos”, la eliminación metódica de toda frase y hasta de toda palabra inerte, que se desliza por la pendiente establecida por el uso o la moda, sin haber sido acuñada por una elaboración intelectual.

Para traducir a Browne en los años cuarenta, en los años que inaugura la escritura de “*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*”, es necesario recurrir a la lengua y a los hábitos quevedianos adquiridos de hecho desde la primera juventud, cuando Borges niño o adolescente saboreaba el estilo “diversamente ilustre” de un autor “cuya grandeza es verbal”, que lo “salva todo, o casi todo, con la dignidad del lenguaje” y que es “el primer artífice de las letras hispánicas”¹¹. En la década de los cuarenta, el pastiche quevediano ha dejado de ser una segunda naturaleza para Borges, y se ha convertido en un lastre del que ha logrado por fin deshacerse. De ahí en definitiva esta famosa indecisión, que no será del todo superada, entre el partido que consiste en romper con el pasado, partido que ilustra en un grado extremo el anatema lanzado por Borges sobre sus obras de juventud, y la necesidad de volver a incurrir en él, hablando la lengua doblemente muerta de Quevedo.

Al menos en la traducción parcial publicada en *Sur*, este último partido predomina, como sería posible demostrarlo mediante un análisis detallado que no es de este lugar. Y es que Quevedo era la mejor aproximación española posible a Browne. No sólo comparten la misma época, sino la misma cultura, ambos han leído y admirado los mismos autores, ambos viven en un mundo de referencias romanas y bíblicas, ambos están habitados por el enciclopédico humanismo cristiano del siglo jesuítico. Si Browne, en palabras de Borges, alcanzó a “latinizar con excepcional eficacia”, del *Marco Bruto* de Quevedo escribe que “el español, en sus páginas lapidarias, parece regresar al arduo latín de Séneca, de Tácito y de Lucano, al atormentado y duro latín de la edad de plata.” Lo que hace posible traducir a

¹¹ Los sintagmas entrecomillados pertenecen al ensayo “Quevedo” de *Otras inquisiciones*.

Browne al español es que el inglés “en su repertorio intelectual, es romance”, es que hay un subsuelo clásico, un substrato arqueológico de ambos idiomas al que ambos escritores fueron fieles, o más bien que supieron reinventar.

Pero tal vez esto no será suficiente para imponer la opción de una traducción “quevediana”, porque lo mismo podría decirse de Saavedra Fajardo y de tantos prosistas del XVII, desde el momento en que “el arrimarse al latín fue voluntad común de los escritores”¹² de entonces. Más importante, para postular el parentesco de ambos autores, es que en el *Urn Burial* de Browne, como en *La cuna y la sepultura*, en *Providencia de Dios*, en *Virtud militante*, en *La constancia y paciencia del Santo Job*, de Quevedo, la escritura presupone una incansable frecuentación de Séneca, de sus consideraciones sobre el tiempo y la muerte, una repetida meditación de Job, del Eclesiastés, del Apocalipsis, textos en que asistimos a la violenta irrupción de la eternidad en el tiempo.

Para Browne, no es tanto el olvido en que caen los muertos lo que demuestra la impotencia de la memoria como el hecho de que ya en vida somos olvidadizos, apenas recordamos nuestros goces, y los dolores resbalan sobre nosotros. No sólo olvidamos a nuestros padres muertos sino también a los hombres que hemos sido y que no están menos muertos que ellos. Sería tarea inacabable citar las fórmulas lapidarias que no se cansa de forjar Quevedo para volver a decir que el “hombre empieza a morir desde que nace”¹³. Pero no se limitan a este lugar común senequiano las afinidades entre ambos escritores, y sería tarea fatigosa y tal vez insensata pretender hacer su recuento. Retengamos sólo una coincidencia notable: la perspectiva de la inmortalidad del alma, entendida en sentido cristiano, se apoya para ambos en la consideración del cuerpo y de la carne. El cuerpo y la carne desmienten su mortalidad, la muerte que los desgasta, la corrupción inseparable de su naturaleza, revistiéndose con el esplendor de lo inmortal, haciendo gloria de su infamia, pompa

¹² Opinión expresada en “Sir Thomas Browne” a la que adhiero plenamente.

¹³ “Cierto es que el hombre desde que nace empieza a morir, y que el pie recién nacido, que no puede dar paso en la vida, le da en la muerte” (*Obras* 2: 1575).

de su aniquilación. Léanse estas líneas de Browne, en inglés y en las traducciones de Borges y de Borges y Bioy Casares:

But man is a Noble Animal, splendid is ashes and pompous in the grave, solemnizing Nativities and Deaths with equal lustre, nor omitting Ceremonies of bravery, in the infamy of his nature.

A. Pero el hombre es bestia muy noble, espléndida en cenizas y autorizada en la tumba, solemnizando natividades y decesos con igual brillo y aparejando ceremonias bizarras para la infamia de su carne.

B. Pero el hombre es un Noble Animal, espléndido en cenizas y pomposo en la sepultura, solemnizando Natividades y Muertes con igual brillo, y celebrando en Ceremonias bizarras la infamia de su carne.

Léanse ahora estas líneas de *Providencia de Dios* de Quevedo:

¿Ves la locura de tu cuerpo y aquel entendimiento soberbio que te he referido, con que osa ser remedo del cielo y desmentirse humano y mentirse divino, y desconocerse tierra y encaramarse en todo vida y todo alma, hasta en los movimientos? [...] todos sabemos que es polvo y ceniza, enfermedad y muerte; mas como desde que nació anda y trata con su alma, llena de grandeza hermosísima y inmortal, hase querido introducir en las mismas dignidades de su compañía, y con la limitada imitación disimular su bajeza; y cuando no puede con la calidad, lo intenta con el gasto y el ornato: lo que en las bestias nunca se ve, porque no tienen alma que los despierte de esta semejanza, y por esto el cuerpo del hombre es capaz de este delirio magnífico y no ellas. (*Obras* 2: 1552)

Lo que reconocemos al pasar de un texto a otro no es sólo la idea, posiblemente tomada de algún Padre de la Iglesia, de que las vanidades de la carne, el maquillaje, las joyas, las artes suntuarias, y las pompas fúnebres proceden de una patética emulación del alma, de una magnánima aspiración a la inmortalidad en virtud de la cual el cuerpo, y hasta el mismo cadáver, afectan el esplendor de lo divino. La afinidad de ambos textos es sobre todo verbal. Ambos se complacen por igual en el oxímoron que nace de esta idea, en las “lóbregas pompas de la aniquilación y del caos”: “delirio magnífico”, “espléndido en cenizas”, “pomposo en sepulturas”.

Baste como botón de muestra para indicar la íntima fraternidad de ambos autores. En ellos, español e inglés celebran también una posible fraternidad, y ambos regresan a su madre común, el “original latino o helénico”, vuelven a un pasado que no es un pasado cualquiera, sino el Pasado revestido con el prestigio de lo primordial, incurriendo en el grandioso espejismo de lo clásico, de la gloriosa, eterna Antigüedad.

La traducción quevediana de Browne proyectada por el narrador de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” opone tácitamente a la fantástica arqueología de Tlön la idolatría del mundo clásico, es decir de un pasado inmune a los cambios, siempre vivo en sus eclipses y resurgencias, respecto al cual cobra sentido todo presente. Toda memoria es mortal, toda memoria es deleznable, toda memoria es supersticiosa, son sentencias no menos ciertas que toda carne es infame, el cuerpo es enfermedad y muerte, pero sigue siendo un noble error persistir en la glorificación de la carne y en la veneración de los clásicos. Claro que esta posición era insostenible filosófica, e ideológicamente, en 1940, como por otras razones lo era en la época de Browne y de Quevedo, cuando la vigilante ortodoxia de las iglesias cristianas vedaba idolatrar las memorias y las reliquias del mundo pagano. De ahí que se presente bajo la máscara de una melancólica, irónica, desesperanzada resignación, que no impide ni posterga el previsible triunfo de Tlön.

Mercedes Blanco
Universidad de Lille III

BIBLIOGRAFÍA

- Borges, Jorge Luis. “Autobiographical Notes” *The New Yorker* 19/09/1970. Reeditado bajo el título “An Autobiographical Essay” en *Critical Essays on Jorge Luis Borges*. Ed. Jaime Alazraki. Boston: G. K. Hall & Co., 1987.
- Borges, Jorge Luis. “Tlön, Uqbar, Oris Tertius”. *Ficciones* (1944). *Obras Completas* I. Barcelona: Emecé, 1996.
- Borges, Jorge Luis. “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”. *Antología de la literatura fantástica* por J. L. Borges, S. Ocampo, A. Bioy Casares. Buenos Aires: Sudamericana, 1940.
- Borges, Jorge Luis. “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”. *Sur* 68 (mayo de 1940).

- Borges, Jorge Luis. "Sir Thomas Browne". *Inquisiciones* (Buenos Aires: Proa, 1925), Barcelona: Seix Barral, 1994.
- Borges, Jorge Luis. "Quevedo". *Otras inquisiciones* (1952). *Obras Completas II*. Barcelona: Emecé, 1996.
- Borges, Jorge Luis, Adolfo Bioy Casares. "Quinto capítulo de la *Hydriotaphia* (1658) por Sir Thomas Browne (1603-1682)". *Sur* 111 (enero de 1944).
- Browne, Thomas. *The Prose of Thomas Browne, Religio Medici, Hydriotaphia, The Garden of Cyrus, A letter to a Friend, etc.* Ed. Norman Endroll. New York: University Press-University of London Press, 1968.
- Kaplan, Marina. "'Tlön, Uqbar, Orbis Tertius' y 'Urn Burial'". *Comparative Literature* 36.4 (1984). 328-341.
- Quevedo, Francisco de. *Obras completas en prosa*. Estudio preliminar y notas de Felicidad Buendía. Madrid: Aguilar, 1988.
- Russell, Bertrand. *The Analysis of Mind* (1921). London: Routledge, 1992.